

El maquinista se encogió de hombros, y de nuevo una sonrisa singular contrajo sus labios.

—¡Oh! ¡La sangre!... ¿Qué importa que corra? ¡Buena falta le hace á la tierra!

Esteban se calmó; y, cogiendo una silla, fué á sentarse enfrente de él, al otro lado de la mesa. Aquella cara afeminada, cuyos ojos melancólicos adquirían á veces una expresión de ferocidad salvaje, ejercía sobre él cierta influencia misteriosa, que no sabía explicarse. Poco á poco, y á pesar de que su amigo no hablaba, quizás por eso mismo se iba quedando absorto.

—Vamos á ver—preguntó:—¿qué harías tú en mi caso? ¿No tengo razón en querer salir de esta inactividad?... ¿No es verdad que lo mejor es entrar en esa Asociación?

Souveraine, después de lanzar una bocanada de humo de su cigarrillo, respondió con su frase favorita:

—Sí; una tontería... Pero, en fin, siempre es algo... Por algo se ha de empezar. Además, la Internacional marchará por el buen camino. Ya se está ocupando de ello...

—¿Quién?

—¡Él!

El ruso pronunció estas palabras á media voz, con cierto aire de fervor religioso, y dirigiendo una mirada á Oriente. Hablaba del maestro, de Backou-nine, el exterminador.

—Sólo él puede dar el golpe—añadió;—porque

todos esos sabios que tú admiras son un atajo de cobardes... Antes de tres años, la Internacional, obedeciendo sus órdenes, habrá destruído la sociedad vieja.

Esteban prestaba gran atención. Ardía en deseos de instruirse, de comprender ese culto de la destrucción, sobre el cual el ruso no pronunciaba nunca más que palabras vagas, como si quisiera conservar secretos sus misterios.

—Bien... Pero explícame al menos qué queréis hacer.

—Destruirlo todo... Que no haya más naciones, ni gobiernos, ni propiedades, ni Dios, ni culto.

—Comprendo; pero ¿qué se conseguiría con eso?

—La sociedad primitiva y sin forma; un mundo nuevo; otra vez el principio de todo.

—¿Y los medios de ejecución? ¿Con cuáles contáis?

—Con el fuego, con el veneno, con el puñal. El bandido es el verdadero héroe, el vengador del pueblo, el verdadero revolucionario en acción, sin rasas aprendidas en los libros. Es menester que una serie de atentados horribles espante á los poderosos y despierte al pueblo.

Y á medida que hablaba Souveraine, iba adquiriendo una expresión terrible, feroz. El éxtasis en que se hallaba le hacía levantarse de su asiento; de sus ojos azules salía una llamarada mística, y con sus delicados dedos, contraídos, agarrados al filo de la mesa, parecía querer hacerla pedazos. Este-

ban, asustado, le miraba, pensando en las historias cuya vaga confidencia le había hecho el ruso; en las minas cargadas de dinamita debajo del palacio del Czar; en los jefes de policía muertos á puñaladas; en una querida de Souveraine, la única mujer á quien había amado, ahorcada en Moscou una mañana de Mayo, mientras él, confundido entre la multitud, la besaba por última vez con los ojos.

—No, no—murmuraba Esteban, haciendo un gesto como para rechazar aquellas visiones abominables:—nosotros no estamos todavía en ese caso. ¡El asesinato, el incendio! ¡Jamás! Eso es monstruoso, eso es injusto; todos los camaradas se levantarían como un solo hombre para ahogar al culpable.

Y seguía no comprendiendo ni palabra de aquello, porque su razón rechazaba la terrible pesadilla de aquel exterminio general. ¿Qué harían después? ¿De dónde surgirían los pueblos nuevos? Ante todo exigía una respuesta á esas preguntas.

—Explicame tu programa. Nosotros, sobre todo, queremos saber á dónde vamos.

Entonces Souveraine, que se había puesto á fumar otra vez, contestó con su tranquilidad acostumbrada:

—Todo razonamiento sobre el porvenir es un crimen, porque impide la destrucción y detiene ó retrasa la marcha de la revolución.

Esto hizo reír á Esteban, á pesar del estremecimiento nervioso que le produjo aquella respuesta

dada con una perfecta calma. Por lo demás, confesó que no dejaba de haber mucho bueno en todo aquello, y que poco á poco se iría lejos. Pero no podía hablar de semejantes cosas á sus amigos, porque sería dar la razón á Rasseneur, y lo que necesitaba en aquellos momentos era ser práctico.

La viuda Desir les propuso que almorzasen. Ambos aceptaron, y pasaron á la sala de la taberna, separada del salón de baile por un tabique de madera que podía quitarse y ponerse fácilmente. Cuando acabaron de almorzar, era la una. La inquietud y la ansiedad de Esteban iban en aumento; decididamente Pluchart faltaba á su palabra. A eso de la una y media empezaron á llegar los delegados, y tuvo que salir á recibirlos, para evitar que la Compañía enviase espías. Examinaba atentamente todas las papeletas de invitación, y miraba á cada uno de los hombres que entraban; muchos penetraron sin papeleta; bastaba que él los conociese, para que les abriera la puerta. Al dar las dos, vió llegar á Rasseneur, que se quedó fumando su pipa junto al mostrador, charlando, como si no tuviese prisa. Aquella calma burlona acabó de exasperarle, tanto más, cuanto que habían acudido algunos burlones por entretenerse, tales como Zacarías, Mouque el hijo, y otros; á todos esos les tenía sin cuidado la huelga; satisfechos con no trabajar y sentados en una mesa, se gastaban en cerveza los últimos cuartos que les quedaban, y se burlaban de los compañeros suyos que, de buena fe, acudían á la reunión.

Transcurrió otro cuarto de hora. Souveraine, que había estado fuera un momento, entró diciendo que la gente se impacientaba. Entonces Esteban, desesperado, hizo un gesto resuelto, y ya iba á salir detrás del maquinista, cuando la viuda Desir, que estaba asomada á la puerta de la calle, exclamó de pronto:

—¡Ya está aquí ese señor que esperábais!

Todos se precipitaron á la calle. Era Pluchart, en efecto. Llegaba en un coche arrastrado por un caballo. De un salto echó pie á tierra, luciendo su levita, tan mal llevada, que le daba todo el aspecto de un obrero con traje prestado.

Hacía cinco años que no trabajaba en su oficio, y que no pensaba más que en cuidarse, en peinar-se sobre todo, y en darse tono con sus triunfos oratorios; pero su aspecto era muy ordinario, y, á pesar de sus esfuerzos, las uñas de sus manos, comidas por el hierro, no crecían, como él hubiera deseado. Era muy activo, y recorría las provincias sin darse punto de reposo, haciendo la propaganda de sus ideas.

—¡Ah, no me guardéis rencor!—dijo, para evitar que le hicieran preguntas. —Ayer por la mañana dí una conferencia en Prouilly, y por la tarde tuve una Junta en Valençay. Hoy, entrevista con Sauvagnat en Marchiennes... Al fin he podido tomar un carruaje. Estoy extenuado; ya veis cómo tengo la voz... una ronquera espantosa. Pero, en fin, eso no importa, y, de todos modos, hablaré.

Ya iba á entrar en la *Alegria*, cuando se detuvo. —¡Caramba! ¡Se me olvidaban los títulos de socio!—dijo.—¡Frescos estábamos!

Volvió al carruaje, y sacó de él una caja de madera negra, que se llevó debajo del brazo.

Esteban, gozoso, caminaba junto á él, mientras Rasseneur, consternado, no se atrevía ni á darle la mano. El otro se la estrechó con efusión, y apenas si aludió ligeramente á su carta. ¡Vaya una idea que había tenido! ¿Por qué no celebrar aquella reunión? Los obreros debían reunirse siempre que pudieran. La viuda Desir le invitó á que tomase algo; pero él, agradeciéndolo, se negó á aceptar nada. ¡Era inútil! No necesitaba beber para pronunciar discursos. Lo único que decía, era que tenía mucha prisa, porque aquella noche pensaba llegar á Joiselle para celebrar una conferencia con Legoujeux. Todos entraron juntos en la sala de baile. Maheu y Levaque, que llegaron un poco tarde, se apresuraron á reunirse á los demás, y la puerta quedó cerrada con llave, para no ser interrumpidos, lo cual hizo que los más bromistas rieran de la precaución. Zacarías y Mouque, el hijo, sobre todo, tuvieron grandes ocurrencias.

En el salón cerrado, donde aún se percibían las emanaciones del último baile, un centenar de obreros esperaban sentados en las filas de bancos. Empezaron á cuchichear y volver la cabeza, mientras los recién llegados tomaban posesión de la mesa presidencial. Todos miraban á aquel señor de Lilla,

cuya levita había causado gran sorpresa y cierto malestar.

Pero en seguida, y á propuesta de Esteban, se constituyó la mesa. Él iba pronunciando nombres propios, y los demás levantaban la mano en señal de aprobación.

Pluchart fué nombrado presidente; luego designaron como asesores á Maheu y á Esteban. Hubo el consiguiente ruido de sillas mientras los de la presidencia se instalaban en su puesto, y todos miraban al presidente, que había desaparecido un momento detrás de la mesa para colocar en el suelo la caja que llevaba debajo del brazo, y que no abandonaba desde la entrada en el salón.

Cuando se hubo sentado en su sitio, pegó un puñetazo en la mesa para reclamar la atención, y en seguida comenzó á decir con voz sonora:

—Ciudadanos...

Abrióse una puertecilla que había detrás de la mesa, y tuvo que interrumpirse. Era la viuda Desir, que acababa de dar la vuelta por la cocina, y que entraba con seis vasos de cerveza puestos en una bandeja.

—No os molestéis—dijo.—Cuando se habla no se tiene sed.

Souveraine, sentado cerca de la presidencia, tomó la bandeja de manos de la tabernera, y la colocó en una esquina de la mesa. Pluchart pudo continuar; pero su discurso fué solamente para dar gracias por la buena acogida que le habían dispen-

sado los mineros de Montson, acogida que le conmovía, y para presentarles sus excusas por el retraso, hablando de su cansancio y de que tenía la garganta mala. Luego concedió la palabra al ciudadano Rasseneur, que la tenía pedida. Éste se había colocado ya junto á la mesa. Una silla, cogida por el respaldo para apoyarse en él, le servía de tribuna. Estaba muy conmovido, y tuvo que toser varias veces antes de poder decir con voz enérgica:

—Camaradas...

Una de las razones de su influencia sobre la gente de las minas era su facilidad de palabra, merced á la cual podía estarles hablando horas enteras sin cansarse. No accionaba, y hablaba y hablaba incesantemente con su eterna sonrisa, con la misma inflexión de voz, hasta que su auditorio, anonadado, por decilo así, le gritaba: «Sí, sí, es verdad; tienes razón.» Pero aquel día, desde las primeras palabras, comprendió que había en el público gran hostilidad. Así es, que procedió con la mayor prudencia. No discutía más que la continuación de la huelga, con la esperanza de ser aplaudido antes de entrar á hablar de la Internacional.

Indudablemente la dignidad y la honra se oponían á ceder á las exigencias de la Compañía; pero ¡cuántas miserias! ¡Qué porvenir tan terrible les esperaba si era necesario obstinarse todavía mucho tiempo! Y sin declararse explícitamente partidario de la sumisión, hacía esfuerzos por entibiar los entusiasmos, describía las casas de los obreros pere-

ciendo de hambre, y preguntaba con qué medios contaban los partidarios de la resistencia. Tres ó cuatro amigos suyos trataron de aplaudirle, lo cual acentuó la silenciosa frialdad con que le oían casi todos, la desaprobación, casi la cólera producida por algunas de sus afirmaciones. Entonces, desesperando de ganar el terreno perdido en la opinión, vaticinó á los obreros consecuencias terribles, grandes desgracias, si se dejaban dominar por imprudentes provocaciones llegadas de tierra extranjera. Todos se habían puesto en pie, gritaban, le amenazaban, y se oponían á que siguiese hablando, puesto que los insultaba, tratándolos como si fueran niños incapaces de saber lo que les convenía. Y él, bebiendo trago tras trago de cerveza, seguía hablando, á pesar del tumulto, y gritaba con todas sus fuerzas, que no había nacido todavía quien le obligase á faltar á su deber.

Pluchart se había puesto en pie también, y como no había campanilla, pegaba puñetazos en la mesa, y repetía con voz ronca:

—¡Ciudadanos!... ¡Ciudadanos!...

Al fin consiguió que reinase un poco de calma, y la asamblea, consultada al efecto, retiró la palabra á Rasseneur. Los delegados que habían representado á las minas en la entrevista con el director, animaban á los otros, dominados todos por el hambre é influídos por las ideas nuevas, que sin embargo no acertaban á comprender bien. Era un voto prejudgado.

—¡Á tí te importa poco, porque comes!—rugió Levaque, enseñando el puño á Rasseneur.

Esteban se había inclinado por detrás del presidente, acercándose á Maheu para tratar de calmarlo, porque estaba también furioso con aquel discurso; mientras Souveraine, sin decir palabra, inmóvil, contemplaba aquella escena, luciendo en sus miradas cierta expresión despreciativa para todos.

—Ciudadanos—dijo Pluchart:—permitidme que use de la palabra.

Reinó el silencio más profundo, y habló. Su voz salía de la garganta ronca y penosamente; pero él estaba acostumbrado á eso, porque hacía años que estaba paseando su laringitis con su programa propagandista. Poco á poco iba hinchando la voz, que arrancaba efectos patéticos. Con los brazos abiertos hablaba, acompañándose de cierto movimiento de hombros, y uno de los rasgos característicos de su extraña elocuencia era la manera enfática de terminar los períodos, cuya monotonía acababa por convencer.

Su discurso versó sobre la grandeza y los beneficios de la Internacional, que los ejercía principalmente en las localidades recién conquistadas por ella. Explicó el objeto que perseguía la Asociación, y que no era otro que la emancipación de los trabajadores; mostró la grandiosa estructura de aquella Asociación: abajo, el Municipio, más arriba la provincia, después la nación, y allá, en la cúspide, la humanidad. Sus brazos se agitaban lenta y

acompasadamente, como si fuera colocando uno encima de otro los cuerpos de edificio de la catedral inmensa del mundo futuro. Luego habló de la administración interior; leyó sus estatutos, habló de los Congresos, indicó los grandes adelantos que estaba realizando, el agrandarse el programa, que, habiéndose limitado á discutir los jornales, trataba ahora nada menos que de la liquidación social, para concluir con el sistema de pagar jornales. Ya no habría más nacionalidades; los obreros del mundo entero, unidos en la común necesidad de justicia, barrerían la podredumbre burguesa, y fundarían al fin la sociedad libre, en la cual el que no trabajase no comería.

Un movimiento de entusiasmo agitó todas las cabezas. Algunos gritaron:

—Eso es, eso es lo que queremos.

Pluchart, cuya voz ahogaban los aplausos frenéticos, seguía hablando. Se trataba de la conquista del mundo en menos de tres años. Y hablaba ya de los pueblos conquistados. De todas partes llovían adhesiones. Jamás religión alguna había tenido tantos fieles en tan poco tiempo. Después, cuando fuesen los amos, dictarían leyes al capital, y á su vez los obreros lograrían tener la sartén cogida del mango y á sus explotadores rendidos á sus piés.

—¡Sí, sí!... ¡Así queremos!

Con el ademán reclamaba el silencio, porque iba á tocar la cuestión de las huelgas. En principio, las desaprobaba; eran medios demasiado lentos, que

agravaban la mala situación de los obreros. Pero, y mientras no pudiera hacerse nada mejor, cuando eran inevitables, precisaba decidirse á ellas, porque tenían la ventaja de atacar al capital también, y la de perjudicarlo. Y en ese caso, presentaba á la Internacional como una providencia para los huelguistas, y citaba ejemplos: en París, cuando la huelga de los broncistas, el capital había cedido en seguida á todo lo que pedían, asustados al saber que la Internacional estaba dispuesta á enviarles socorros; en Londres, la Asociación había salvado á los trabajadores de unas minas, pagando los gastos de viaje, para volver á su patria, á unos belgas llamados por el propietario. Bastaba con adherirse, para hacer temblar á las Compañías, porque los obreros entraban en el gran ejército de los trabajadores, decididos á morir los unos por los otros, antes que continuar siendo esclavos de la sociedad capitalista.

Grandes aplausos interrumpieron al orador, el cual se enjugaba la frente con el pañuelo, negándose á beber un vaso de cerveza, que le ofrecían con insistencia. Cuando quiso seguir hablando, nuevos aplausos le interrumpieron.

—¡Ya está!—dijo rápidamente Esteban.—Ya tienen bastante... ¡Pronto!... ¡Vengan los nombramientos!

Se había agachado detrás de la mesa, y se levantó con la caja de madera en la mano.

—Ciudadanos—añadió, dominando el ruido de voces y aplausos,—aquí están los nombramientos

de individuos de la Internacional. Que vuestros delegados se acerquen, y se les entregarán, para que ellos los distribuyan... Luego arreglaremos todo lo demás.

Rasseneur quiso protestar otra vez. Por su parte, Esteban se agitaba, empeñado en pronunciar un discurso él también. Siguióse una confusión terrible. Levaque daba puñetazos en el aire, como si estuviera batiéndose con alguien. Maheu, en fin, hablaba sin que nadie pudiese oír lo que decía. Y Souveraine, exaltado, daba puñetazos también sobre la mesa, para ayudar á Pluchart á obtener orden y silencio. Del suelo salía una nube espesa de polvo, el polvo de los últimos bailes, emponzoñando el aire con el olor fuerte de las mujeres y de los jóvenes de las minas.

De pronto se abrió la puertecilla de que antes hablamos, y apareció la viuda Desir, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Callad, por vida de Dios!... ¡Ahí están los gendarmes!

Era que llegaba el inspector de policía del distrito, algo tarde, para levantar acta y disolver la reunión. Le acompañaban cuatro gendarmes. Ya hacía cinco minutos que la viuda Desir los entretenía en la puerta, diciéndoles que élla estaba en su casa, y que tenía el derecho de reunir á los amigos que quisiera. Pero al fin la habían dado un empujón, y élla corrió para avisar á sus hijos.

—Marcháos por aquí—añadió luego.—Hay un

bribón de gendarme guardando el patio. Pero eso no importa; porque por ahí se sale á la calle... ¡Dáos prisa!

Ya el inspector golpeaba la puerta con su bastón; y como no le abrían, amenazaba echarla abajo. Indudablemente alguien había hecho traición, porque la autoridad gritaba que la reunión era ilegal, puesto que habían entrado muchos mineros sin invitación del ama de la casa.

En el salón el tumulto iba en aumento. Era imposible marcharse de aquel modo, sin haber votado siquiera en pro ni en contra de la continuación de la huelga. Todos se empeñaban en hablar á la vez. Por fin el presidente tuvo la idea de que se votase por aclamación. Los brazos se levantaron, y los delegados declararon que ellos se adherían en nombre de los compañeros ausentes. De aquel modo se hicieron miembros de la Internacional los diez mil mineros de Montson.

Empezó la desbandada al fin. La viuda Desir, á fin de proteger el movimiento de retirada, se apoyaba contra la puerta, que ya los gendarmes empezaban á derribar con las culatas de sus fusiles. Los mineros, saltando por encima de los bancos, salían rápidamente á la calle por la puerta de la trastienda. Rasseneur fué uno de los primeros en desaparecer, y Levaque le siguió, olvidándose de los insultos que le dirigiera, y soñando con que le convidase á cerveza para reponerse. Esteban, después de apoderarse de la caja negra que llevaba

Pluchart, esperaba con éste, con Maheu y con Souveraine á que se fueran todos, porque creían que su deber les mandaba salir los últimos. Ya se iban, cuando al fin saltó la cerradura, y el inspector se halló cara á cara con la viuda Desir, cuyos enormes pechos formaban todavía una barricada.

—¡Ya veis que no habéis conseguido gran cosa con destrozarme la casa! Ya veis que no hay nadie.

El inspector, que era un hombre calmoso, á quien aburrían las escenas dramáticas, se limitó á decir que la iba á llevar á la cárcel. Pero no cumplió su amenaza, y se retiró con los cuatro gendarmes, para dar parte á su superior, en tanto que Zacarías y el hijo de Mouque, regocijados con el chasco que sus amigos habían dado á la autoridad, se reían de la fuerza armada en sus mismas barbas.

Esteban, cargado con la caja, corría por la calle seguido de sus amigos. De pronto se acordó de Pierron, y preguntó por qué no se le había visto allí; y Maheu, sin dejar de correr, le contestó que estaba enfermo de una enfermedad que no inspiraba cuidado: el miedo de comprometerse. Quisieron detener á Pluchart; pero éste se negó, diciendo que se iba á Joiselle, donde Legoujeux estaba esperando órdenes, y que no le era posible complacerlos. Entonces se despidieron de él, sin detenerse nadie en aquella carrera desenfrenada por las calles de Montson. Entre unos y otros se cruzaban palabras entrecortadas por la velocidad de la carrera. Souveraine, gozoso por la derrota de Rasseneur,

decía que aquello marchaba al fin por el buen camino.

Esteban y Maheu sonreían satisfechos, seguros como estaban ya del triunfo; cuando la Internacional les enviase socorros, la Compañía sería quien les suplicase por Dios que volvieran al trabajo.

Y en aquel acceso de esperanza íntima, en aquel galopar de zapatos burdos que dejaban su huella en el lodo de la carretera, había algo más, algo sombrío y salvaje: una violencia decidida, cuyo soplo iba á conmover todos los barrios de obreros de un extremo á otro de la comarca.

FIN DEL TOMO PRIMERO.